

Cuanto más apasione un problema social más conviene considerarlo alguna vez siquiera con perfecta objetividad, es decir, prescindiendo de los sentimientos que en nosotros suscite. Hasta un crimen, y por horrible que él sea, cabe examinando como un hecho natural, como una enfermedad, aparte de la reacción que provoca en nuestra conciencia. A nadie, ante una invasión de cólera, de tifus o de gripe se le ocurre hablar de vindicta social. Con tal presupuesto, pues, vamos a presentarle al lector unas breves reflexiones objetivas respecto al problema del terrorismo barcelonés.

Es cuestión de policía, se dice y así parece ser. "La Correspondencia Militar" aseguraba que "es problema exclusivo de policía y por lo tanto de organización, de inteligencia, de audacia, de valor personal y ante todo y sobre todo de muchísimo dinero". Y el ministro de la Gobernación hablaba de emplear en ello los millones que fuere menester.

Hay que ponerse en la realidad de las cosas y considerar que como los policías son mercenarios, que cumplan su servicio por la paga que se les dé, no es avisado esperar que muestren más inteligencia ni más audacia ni más valor personal que los condicionados por esa paga. Porque nadie va a suponer que cumplan su servicio por amor al arte. Y hasta pudiera ser que allá, en su fuero interno, simpaticen con los ideales del sindicalismo contra el que se les ha de hacer servir.

Aun excluido el caso de que la policía se entienda con los sindicatos obreros y reciba de ellos subsidios—como es indudable que suele estar subvencionada por empresas prohibidas y por casas de juego o de prostitución—puede darse muy bien que la policía a su vez se syndique y se organice en sociedad de resistencia contra los que principalmente la sostienen. Y nos parece recordar que en alguna nación europea se ha tratado de si se admitía o no la sindicación de policías en el sindicato general obrero.

Que hay entablada una lucha civil de clases es algo indudable y sea cual fuere el concepto que esa lucha nos merezca y los sentimientos que en nosotros provoque la manera, más o menos bárbara, con que uno y otro bando se combaten entre sí. Es un estado de guerra que no es menester que sea declarado por la "Gaceta". Y con una fuerte y numerosa y extensa policía lo que se busca es establecer la paz social armada. Y ésta es

muy cara, carísima. Acaso más cara que la derrota de la clase social que busca esa paz. Y vamos a explicarnos brevemente.

Todos conocemos el apólogo de aquel que habiendo encontrado un duro en la calle se fué a comprar un portamonedas para guardarlo y empleó en ello el duro, o el de que se gastó su fortuna en un arca de seguridad y una guardia que la guardarán. Y tal ha sido en gran parte la historia más íntima de la última grandísima guerra que ha arrancado las raíces de la constitución social de Europa. La paz armada se hacía insostenible ya; el capitalismo de las distintas naciones, en competencia de armamentos, no podía con el peso de los mismos y vino el estallido. El desastre ha sido terrible, pero acaso habría llegado lo mismo, aunque en otra forma, del otro modo.

¿No ocurrirá una cosa parecida con esta otra guerra? La paz social armada que sería el mantener una poderosísima policía y todo género de organismos de prevención y de represión análogos a la policía, ¿no habría de resultar al cabo, y a fecha no larga, más onerosa, mucho más onerosa para la clase social que así trata de defenderse, que le resultaría ceder al empuje del adversario, declararse vencida y firmar su capitulación? O sea: ¿si la propiedad capitalista monta para defenderse todo un ejército de policía, no se agotará en ello? ¿no empleará el duro en el portamonedas? ¿no tendrá que dar a los policías lo que no quiere dar a los obreros?

Podrá decirse a esto que el fin de esa policía no es precisamente defender la propiedad capitalista, sino reprimir los crímenes, pero es menester guardar la cabeza fría y abstenerse, sea cual fuere la opinión que se tenga, de enredarse en sofismas

convencionales. Y todos sabemos que esos crímenes, por muy crímenes que sean—no mayores que los que se cometieron en la guerra, como bombardeos de ciudades abiertas, hundimientos de buques neutrales, etc., etcétera—dependen del hecho de la apropiación de los medios de producción por una clase social y conforme a leyes que esa clase ha establecido. Y luego se da el caso—digámoslo de pasado—de que son los dueños de los instrumentos de producción los que más se quejan de que otros no produzcan con ellos. "Nadie quiere tocar el violín"—exclama el dueño de un Stradivarius que busca alquilarlo, pero él no se pone a tocarlo.

Mas dejando esto de que haya productores directos que se resistan a producir con instrumentos de propiedad ajena y acaso para que estos propietarios puedan vivir sin producir nada, el hecho que ahora, fuera de toda posición doctrinal, contemplamos es el de que la clase poseyente se gaste sus posesiones en defenderlas. Y esto sí que sería un perjuicio para todos.

Parécenos que todo el personal que se emplee en defender el privilegio—todo lo "legal" que se quiera—de la propiedad quiritaria de los medios de producción es un personal que se resta a la producción misma. Parécenos que en más de un caso al dueño de una fábrica le tendría más cuenta arrendársela a los obreros que trabajan en ella que no meterse en los gastos, que han de ir creciendo, de sostener un pequeño ejército policia-co que se la guarde y le guarde a él. O dicho más claro, que hay ocasiones en que como negocio—y de negocio tratamos—la derrota es más barata que la paz armada.

El problema del terrorismo es "de muchísimo dinero", dice el diario militar. ¡Y de tanto! De tanto o más que de cuanto se llevaría el resolverlo del otro modo. Que es darse a partido.

Y conste que ahora y aquí no decimos nada de justicia o injusticia. Es cuestión de conveniencia. O arruinarse de un modo o de otro.

Habría, pues, que intentar la solución, o sea la paz social, en cuanto ésta sea deseable, por otros caminos. Lo primero firmar un armisticio. ¡Ahora si se quiere salvar los principios sacrificando a ellos los intereses...! Pero el sacrificar la propiedad privada de los medios de producción poseída por el no productor, al principio de que ella debe existir nos parece tan incomprensible como sacrificar la honra propia al principio de que todo debe sacrificarse a la honra. Todo, menos la honra misma. Pues ello equivale a suicidarse por huir de la muerte, a arrojarse en una sima huyendo de un toro. El remedio es más mortífero que la enfermedad misma.

MIGUEL DE UNAMUNO

